

# EL ANILLO ES PARA SIEMPRE

La manera más sencilla de acercarse  
al compromiso matrimonial, con profundidad

Ángel Espinosa de los Monteros Gómez Haro

AUGUSTINE INSTITUTE

GREENWOOD VILLAGE, CO

**Augustine Institute**  
6160 S. Syracuse Way, Suite 310  
Greenwood Village, CO 80111  
Tel: (866) 767-3155  
[www.augustineinstitute.org](http://www.augustineinstitute.org)

© Ángel Espinosa de los Monteros Gómez Haro  
Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-0-9997592-6-4  
Library of Congress Control Number: 2018931249

Diseño de la portada: Christina Gray

Impreso en los Estados Unidos

## *Contenido*

Prólogo	vii
Introducción	1
A) La aceptación	5
B) Las promesas	9
C) Entrega del anillo y lo que significa	18
1. Ésta es la mano	21
2. Hechos a la medida, uno para el otro	23
3. Extraño al principio	25
4. Es real	27
5. El anillo brilla	31
6. Es de metal precioso	33
7. Material resistente	37
8. Un formato completamente cerrado	39
9. Los anillos son iguales	41
10. Pero son diversos	43
11. Tiene fecha	47
12. Ha sido hecho con detalle	49
13. Se va haciendo parte de ti	53
14. Es discreto	55

15. Ya no sale	59
16. El dedo se amolda al anillo	61
17. Se puede perder	65
18. Se va desgastando con el tiempo	69
19. Puede necesitar ajustes	73
20. Lo entregaste en presencia de Dios	77
21. Fue fundido	81
22. No tiene precio	85
Conclusión	89
Epílogo	91

## *Prólogo*

*Amar no es sólo un sentimiento,  
es un compromiso*

—Anónimo

No habían pasado ni siquiera siete años desde el día de la boda, y aquel evento que debería estar permanentemente marcado en el calendario, ya había perdido su brillo, y los esposos la ilusión. Ella vino a verme para pedirme ayuda:

—“Quiero separarme de mi marido”.

Creo que pocas veces se puede escuchar palabras tan tristes como éstas y tan llenas de complicaciones, de consecuencias, de responsabilidades y de remordimientos.

Yo le pregunté sobre las causas. La hice volver al pasado. Ella hurgó en el inicio de su romance, y desde lo más íntimo de ella misma me explicó con pena, con miedo, excusándose:

—“No sabíamos exactamente a lo que íbamos. No nos conocimos bien. Yo jamás pensé... no puedo creer que tan rápido...”.

La escuchaba atento, pero por otra parte en el fondo pensaba: “Son las mismas palabras —casi con los mismos gestos— que escucho de todas aquellas personas que por un motivo u otro fracasan en el amor”. Y me preocupé más cuando después consultando estadísticas vi la línea creciente en la gráfica de los divorcios.

Todavía me sentí peor cuando pensé que muchos matrimonios no llegarán nunca a divorciarse, porque tienen un compromiso con los hijos, con la familia o con la sociedad. Otros no lo harán por estar en desacuerdo o porque quizá los ata algún compromiso de tipo económico, pero en realidad los corazones ya están divorciados, ya no laten juntos.

Hoy voy a celebrar un matrimonio, y mientras repaso el rito y trato de ordenar un par de ideas para la homilía, pienso en el anillo que se van a entregar y en las palabras que van a pronunciar, y me pregunto a mí mismo: ¿entenderán realmente lo que están haciendo? Si supieran a lo que se están comprometiendo.... Si siquiera comprendieran lo que es estar verdaderamente enamorado.

Como consultor familiar veo las cosas desde fuera, y creo que desde esa atalaya se puede ser más objetivo en los juicios y en los consejos que uno ofrece. Por lo general, cuando una pareja atraviesa por un conflicto o simplemente tienen diferencias en sus puntos de vista, en sus maneras de pensar, el hecho mismo de estar ellos en el ojo del huracán, les resta objetividad, ecuanimidad y la paz necesaria para actuar, para solucionar, para optar por lo mejor.

Las páginas que ahora les ofrezco nacieron como conferencias, de grupos de discusión y no son más que el resultado de la reflexión pausada sobre el rito del matrimonio, desde que se pronuncia la aceptación y se emiten las promesas, hasta la entrega del anillo y de la vida misma cuando los novios se dicen: “recibe este anillo en señal de mi amor y fidelidad a ti...”.

## *Introducción*

*Si quieres ser amado, ama*

—Séneca

No se trata de un curso ni de un tratado completo y orgánico sobre el matrimonio. Pretendo simplemente exponer con sencillez el contenido escondido en el símbolo de la entrega del anillo y en la pronunciación de unas palabras, que más que románticas son un auténtico compromiso.

Quisiera que estos pensamientos te ayudaran a descubrir lo grande que es estar enamorado. Y como en este caso es un enamorado quien escribe, no tengo miedo a equivocarme. Ojalá que estas líneas te ayudaran también a hacer en tu interior una auténtica renovación de ese amor que prometiste al inicio. Desgraciadamente tantos van caminando por esta vida, tal vez con el amor ya desgastado...

Así es. La vida matrimonial parece estar poco cotizada. Nos expresamos mal de ella. La menospreciamos y la ridiculizamos. Asistimos a una cultura —o incultura— de infidelidad, de divorcio, de separación interior, escondida y arropada por una alegría exterior más liviana que una camisa de seda. Lo vemos por todas partes, en todos los países, en todas la culturas. Tan es así que se nos ha llegado a hacer algo normal: “si no se entienden, sepárense”. “¿Para qué van

a sufrir toda la vida?”. “Incompatibilidad de caracteres”... Y me pregunto: ¿después de veinte años?

Quizás las novelas más vistas y leídas son las que presentan casos escandalosos de engaños, infidelidades y rupturas.

Proliferan los programas de debates en público en donde personas ni calificadas ni autorizadas pregonan y defienden, probablemente no doctrinas, pero sí opiniones inconsistentes, contrarias al amor: al amor al cónyuge, a los hijos, y cómo no, también a uno mismo.

Los que han fracasado en el amor lo saben bien: el primero que pierde es uno mismo. Lo impresionante es ver a todo un público ciertamente con menos formación que la persona que dirige estos pseudo debates, participando activamente y aplaudiendo todo lo que ahí se dice, incluso lo carente de peso, lo incoherente, muchas veces hasta lo deshonesto.

Es verdad, por otra parte, que los medios informativos manipulan la verdad. Si se rompe un matrimonio nos enteramos todos. Frecuentemente se publican los chismes de la vida íntima de ciertas personalidades en el mundo de la cultura, del deporte, del espectáculo.

En cambio, lo grande, lo que debería publicarse en las primeras planas y lo que debería ser el argumento de las grandes producciones cinematográficas, es que todos los días, y en todo el mundo, cientos de miles de matrimonios luchan contra todas las adversidades pequeñas o grandes por mantenerse fieles al amor que un día se prometieron. Se esfuerzan, se conocen más, se estrechan...

Y esto parece no ser noticia aun cuando es lo grande, lo hermoso, lo que vale. Es lo que debería pregonarse. ¿Por qué



no sale a la luz? ¿No será porque les falta a los matrimonios vivir con más gozo su amor?

¿Tal vez porque les falta entender lo que es el amor: la alegría del amor, la grandeza del dolor por el amor, la felicidad incluso en el sufrimiento, por amor?

Hombres y mujeres suelen preocuparse por el mundo que le van a dejar a sus hijos, y no se preocupan por los hijos que le van a dejar a este mundo, que puede ser mejor, o cada vez más desamorado. Sus hijos, por el testimonio que les están dando, en la manera de vivir la relación en pareja, ¿van a contribuir a un mundo más lleno de amor? ¿Serán capaces de creer en el amor, en el compromiso definitivo? ¿O se van a refugiar en el así llamado, “amor libre”? ¿O van a pertenecer a esa ingente masa de personas que tienen el corazón enmohecido, la felicidad agrietada, el alma rota, por no descubrir que el amor, si es tal, es un manantial de felicidad?

A manera de confesión, todo lo que puedo decir del matrimonio, de la armonía, del cariño, no es más que un vago reflejo de lo que viví en casa. Sí hubo dificultades, grandes y pequeñas, normales, y precisamente porque las hubo, se daban también el cariño, la comprensión, el perdón, el respeto. ¡Hoy les estoy tan agradecido a mis padres!

Todo esto me sugiere que sería interesante reflexionar sobre las causas por las cuales los matrimonios van bien o a lo mejor a empujones. Y lo mejor será comenzar por recordar a qué se han comprometido. Compromiso, ¡qué palabra tan severa! Me asombro de la superficialidad con la que emitimos compromisos algunos de nosotros.

A veces uno se encuentra con personas que se prometieron fidelidad y respeto, que aceptaron ciertas condiciones, pero que con el tiempo han olvidado total o parcialmente esas promesas que están al inicio y que le dan sentido a la unión.

Cuando fui ordenado sacerdote, hace ya seis años y unos meses, durante la ceremonia me propuse olvidarme de todo lo que pasaba a mi alrededor: la gente, el coro y los cantos, los planes que tenía con mi familia para después de la ordenación, el abrazo con mi madre —llevaba algo más de un año sin verla— y en fin, todo esto se me agolpaba en la mente. Por tanto decidí concentrarme al máximo en lo que estaba sucediendo, para captar cada palabra, cada gesto, cada oración por parte del Obispo: la imposición de las manos, la oración consecratoria, la unción... en fin, para entender lo que estaba sucediendo y para que el compromiso que hacía con Dios y con la Iglesia fuera maduro y consciente, no irresponsable. ¡Estaba siendo ungido sacerdote! ¿Cómo era posible perder uno de los momentos —quizás el más grande— de mi vida?

Cuando asistimos a una boda, ¿qué es lo que vemos? Mucha gente, demasiados adornos, gran expectativa.

Y con frecuencia los novios están más preocupados por salir bien en las fotografías y en el video, que en tomar conciencia de lo que están haciendo. Ni siquiera en el momento de hacerse las promesas y de entregarse los anillos. Desaprovechan la grandeza del momento presente, más preocupados por congelarla en una fotografía, a la que después ni siquiera recurrirán con la ilusión con la que se acercaron al altar.

Después de la boda les espera un baile, la tornaboda, una maravillosa luna de miel. Los preparativos para este día posiblemente comenzados desde un año antes, han previsto que no falte nada: el Templo, el sacerdote, un buen coro, las invitaciones perfectamente rotuladas, el salón con la pista para el baile y un buen conjunto, y desde luego, el mejor de los menús. Incluso buscamos un anillo que nos guste. Pero desgraciadamente, aún habiendo hecho algún tipo de curso de preparación para el matrimonio, no todos llegan al día de la boda con la plena conciencia de lo que van a hacer, y algunos lo dejan ver al cabo de pocos meses o algunos años.

Los preparativos no llevan mucho tiempo, la luna de miel va a durar entre quince y veinte días, el momento mismo del compromiso tampoco tiene una duración digna de mención. El rito del matrimonio incluida la Santa Misa, ocupa, si acaso, algo más de una hora. Y en cambio, el sacramento, el matrimonio, el anillo... SON PARA SIEMPRE.

Yo estoy seguro de que muchos ni siquiera recuerdan lo que prometieron, ni lo que aceptaron, ni a lo que se comprometieron. Por tanto, vamos a ver detalladamente qué es lo que sucedió aquel día.

### **A) La aceptación:**

*El corazón tiene razones  
que la razón desconoce*

—Pascal

¡Cuántas cosas dijimos resumidas en una fórmula tan breve:  
te acepto a ti!

Decir te acepto a ti, es decir: te conozco, sé quién eres. Conozco tus cualidades y tus defectos. Sé quién eres. Llevo un tiempo contigo, y después de aquilatar todo en la balanza, he decidido que a pesar de tus posibles defectos, pero siempre más pequeños que tus cualidades, te elijo entre otras posibilidades.

Decir te acepto a ti, es decir, sé quién no eres. Por tanto no tendré pretensiones. No me pasaré la vida con una queja entre los labios por lo que no eres: “si tuvieras lo que tiene tu hermano”, “si fueras como la mayoría de nuestros amigos...”.

Te acepto a ti, como eres. Estoy enamorado de ti. Sé en qué te puedo ayudar a superarte y a mejorar, y sé en qué aspectos será ya muy difícil que cambies porque son hábitos que se han hecho vida, o porque es parte de tu educación o porque así es tu carácter.

Aceptarte a ti es aceptar tu historia personal, es decir: tu pasado, tu presente y tu futuro. Lo que pueda venir. Tantas cosas como en nuestras vidas puedan cambiar.

Cambia la gente y cambian las circunstancias. Hoy eres esta persona. Mañana, tú misma, por los golpes de la vida, puedes ser otra persona. Los golpes van haciendo mella en nosotros, pero cuando nos aceptamos, lo hacemos incluso con esos golpes y heridas de la vida que por otra parte nos deben hacer mejores.

Cambiamos físicamente. Él ya no es el muchacho fuerte y robusto que tú conociste, sino un hombre posiblemente enfermizo. Y ella, que era una mujer guapa, fina, delicada... después de veinte años de matrimonio, cuatro hijos y algunas

enfermedades normales que han ido raspando su belleza inicial, ya no conserva aquellos rasgos, quizá, de los que te enamoraste, pero se ha abierto paso una nueva belleza, más grande, que tú aceptaste desde que te comprometiste.

Así se aceptaron: con pasado, presente y futuro. Cambian tantas cosas y surge una belleza mayor pero que es necesario saber percibir.

Pensemos que cuando compramos una mesa de cristal, la aceptamos así como está, nueva e impecable, pero aceptamos también que pueda rayarse en el futuro. No podríamos comprar nada si estuviéramos buscando un material a prueba de todo, simplemente porque no existe.

A veces los novios se fijan demasiado en los ojos, el pelo, la cintura, la firmeza de la piel, la sonrisa, el cuerpo en sí. Claro que es necesario e indispensable, pero no lo más importante. Conozco a un hombre que se casó con una muchacha que cantaba precioso. Hoy por hoy ella no debería cantar ni en la regadera. Pero él, además de la voz, tuvo muchos motivos más profundos que lo enamoraron de ella.

Cambiamos no sólo física sino también psicológicamente: cambia nuestro carácter, nuestra manera de reaccionar, nuestra paciencia. Si al pasar de los años hemos ido perdiendo algunas cualidades que antes nos adornaban: simpatía, optimismo, ecuanimidad... no es motivo para terminar un amor. El amor va más a allá.

Cambian nuestros gustos, nuestras aficiones, nuestras ilusiones, nuestras aptitudes. Sería de desear que en toda la vida no experimentáramos cambio alguno en nosotros, pero esto simplemente no es la realidad.

“Te acepto a ti”, es hacerme a la mar contigo, en la misma barca. Remar contigo, ser náufrago contigo si fuera el caso, no escapar con un salvavidas, ¡ni menos con el salvavidas! Es compartir ilusiones, proyectos, luchar contra las mismas tempestades y disfrutar juntos el alba y el atardecer, mar adentro.

Te acepto a ti, para hacerte feliz. Te prometo que ése será mi proyecto. Yo siempre hago una pregunta a quienes vienen a tratar conmigo sus problemas matrimoniales:

–“¿Para qué te casaste? ¿Qué le dijiste a tu novia para que también te aceptara?”

A lo que no todos responden:

–“Quiero hacerte feliz. Creo que puedo hacerlo y por eso te pido que vengas a compartir tu vida conmigo. Acepto que juntos seamos nuestra mutua alegría”.

Incluso muchas veces he pensado que decir te quiero, es decir, “quiero hacerte feliz”.

Tratemos de reducir el “te quiero” a su más simple expresión, y nos daremos cuenta de que en el fondo sólo nos queda esto: “quiero hacerte feliz”. Ahí está el verdadero amor.

Cuántos novios se dicen “te quiero”, “te amo”, y se expresan muchos sentimientos más. Y, ¿qué significa todo eso? Palabras vacías cuando no buscas el bien y la plena felicidad del otro. ¡Cuántos jóvenes y muchachas se casaron pensando no en hacer feliz a alguien, sino en quién los haría felices! Y por tanto entran al matrimonio con una visión egoísta de la felicidad. La experiencia nos dice que cuando de verdad se busca la felicidad del otro, la consecuencia —no forzosamente inmediata— es la propia felicidad.

Además, la persona amada buscará lo mismo, de tal modo que el amor y la búsqueda de la felicidad del otro serán recíprocos.

“Te acepto a ti para que nos ayudemos a salvarnos. Mi mayor felicidad será saber que no sólo te ayudé a vivir esta vida feliz, sino que colaboré con Dios para que alcanzaras la única, auténtica y duradera felicidad”.

¿Qué amor sería ese que viera sólo por unos años? Imaginemos que contamos con toda la capacidad para hacer feliz a nuestro cónyuge: compañía, cariño, viajes, diversiones, dinero... pero sólo por unos años, mientras dura esta vida. Qué importa si son treinta, cuarenta o sesenta años. Lo mejor que puedo hacer por la persona a la que amo, lo más grande que le debo ofrecer, mi mayor acto de verdadero amor, es pensar en una felicidad que no se acaba cuando escasea o se termina el dinero, la salud, o incluso la vida. Si decimos amar, hagamos lo humanamente posible por asegurar la eternidad, la felicidad plena y eterna de la persona a la que amamos.

## **B) Las promesas:**

*Al amor, como a una cerámica, cuando se rompe,  
aunque se reconstruya, se le conocen las cicatrices*

—Proverbio griego

¿Qué fue lo que prometimos?

“Prometo serte fiel”. Lo importante es saber traducir ese “prometo serte fiel”. No nos referíamos solamente a la fidelidad en cuanto a que nunca comenzaríamos una relación

sentimental, seria o superficial con otra persona, por un momento o para toda la vida. Significa muchísimo más.

Prometo llevar bien puesta la camiseta del equipo, tirar en la misma dirección y defender nuestra portería. Lo nuestro. A veces me he topado con un hombre o una mujer, que sólo viendo cómo se comporta con la persona a quien dice que ama, me dan ganas de preguntarle: ¿tú, para dónde tiras?

Si los dos tuvieran puesta la camiseta del mismo color y “se pasaran el balón”, meterían goles, alcanzarían metas, jugarían en equipo y así harían la vida más simple y tendrían la felicidad más a la mano.

Pero uno parece ser delantero de un equipo y el otro defensa del contrario: se estorban en las jugadas, se cometen frecuentes faltas, se ignoran. Algunos parecen estar buscando la tarjeta roja ¡después de haber visto no una sino mil veces la amarilla!

Esto no debe suceder en el matrimonio. “Amarse no es mirarse uno al otro, sino mirar en la misma dirección”. Tirar en la misma dirección. Amarse es tener una meta común y unos mismos ideales, y eso debe reflejarse en los acontecimientos de la vida diaria. Amarse es mirarse uno al otro con comprensión, respeto y con capacidad incluso de diferir.

“Prometo no bajarme del burro”. Te explico de qué se trata: en mis años de estudiante, paseaba en una ocasión por un pueblo de Santander, en el norte de España, y me encontré a un pastor con quien entablé una conversación debajo de un cobertizo, pues llovía a cántaros. La recuerdo como una charla muy interesante. En un determinado



momento le pregunté cuántos años tenía de casado, a lo que respondió:

–“¿Cómo ve, padre? Tenemos treinta años de casados y no nos hemos bajado del burro”.

La expresión realmente me encantó. Si él hubiese dicho, “no nos hemos bajado del tren... o del caballo”, hubiese sido diverso. El caballo sugiere libertad, velocidad, crines al viento... En cambio dijo: “no nos hemos bajado del burro”.

En el burro, como en el matrimonio, a veces se va hacia adelante, a veces hacia atrás, a veces rebuznando... a veces, el animal, —me refiero al burro— como que no se mueve. Así es en el matrimonio. A veces para atrás, a veces para adelante, a veces rebuznando... pero siempre los dos en el burro. ¿Qué importa por dónde y cuánto haya costado mientras hayan ido juntos, en la misma dirección, apoyándose, acompañándose, amándose?

“Prometo buscar tu realización, tu felicidad”. Si prometiste serle fiel, te comprometiste a buscar su felicidad, ya que la fidelidad no puede reducirse a no fallarle en el sentido de nunca enamorarte de otra persona. Eso es más que nada una obligación, un requisito y algo que deberían dar por supuesto.

“Prometo serte fiel”, es llenar las expectativas que tenían el uno sobre el otro cuando eran novios. “Desde que nos vimos y pensamos en unirnos para toda la vida, pensamos que juntos seríamos felices y desparramaríamos esa felicidad en nuestros hijos. Si queremos sernos fieles, tenemos que hacer realidad ese sueño que tuvimos desde el inicio”.

No voy a olvidar jamás esa escena de la película “Los puentes de Madison” en la que ya casi al final de la vida, el

marido, muriendo en la cama, llama a su esposa y le dice más o menos lo siguiente:

–“Fanny, yo sé que tenías tus propios sueños e ilusiones en la vida, perdóname por no haberlas hecho realidad”.

La mujer simplemente lo besó en la frente e hizo un gesto de resignación.

Es tan fácil hacer felices a los demás cuando uno se lo propone, que sinceramente, honestamente, para no lograrlo, se necesita ser de verdad egoísta.

Cuando prometieron ser fieles, entre otras cosas, prometieron buscar con tesón la felicidad del otro, pues la fidelidad no es sólo cuidar que no haya engaños, sino que apunta a todo un proyecto de vida. De hecho, y aunque no es el ideal, hay matrimonios en los que, uno de los dos, por descuido, ha caído en una infidelidad. Pero como siempre ha buscado hacer feliz al cónyuge, este error —por más grave que sea— no es más que una mancha en una pared llena de luz. Desde luego que no es el caso de la persona descuidada, sensual, irresponsable, que frecuenta ambientes inconvenientes y que trata con personas del sexo opuesto sin ningún pudor y sin respeto. En una persona así, la caída siempre será inminente e injustificada. El derrumbe comenzó desde que se descuidó en su conducta ordinaria.

“Prometo serte fiel” es también cuidar el corazón. No permitir que nada ni nadie le robe la paz inicial. Prometieron luchar especialmente cuando les vinieran a la cabeza “ideas rubias”. La fidelidad no es solamente no meterse con otra persona, sino sobre todo cuidar el corazón. Hay mucha gente que quizá jamás concretará una infidelidad conyugal,

sin embargo vive en una continua deslealtad al no cuidar el corazón de cualquier amor que no sea su único y verdadero amor.

“Prometo serte fiel”, es decir, también, “prometo hablar bien de ti”. “Lo que tenga que decirte, te lo diré a ti, para ayudarte, con amor y por amor. No se lo diré a mi mamá ni a mis hijos, menos a mis amigas en un desayuno. Prometo hacer crecer tu fama dentro de lo más íntimo que tenemos que son nuestros hijos, padres, hermanos y también nuestros amigos. “Me esforzaré para que ellos siempre tengan una buena imagen de ti. Sólo escucharán cosas positivas acerca de quién y cómo eres tú. Estarán orgullosos de nosotros”.

Finalmente, “prometo serte fiel”, ahora sí, significa “que no te cambiaré por nadie. No te quiero para un amor intermitente u ocasional, ni como un amor de paso”.

Estas promesas que hicieron, además tienen dos especificaciones que deben considerar como muy importantes y darles su sentido propio, porque de verdad, parece que no todos las han entendido. Cuando se da una infidelidad en el matrimonio por parte de quien sea, y el cónyuge decide que “esto es lo único que no está dispuesto a perdonar”, y que “ahora sí se acabó todo”, es simplemente porque no ha entendido qué fue lo que prometió. ¿Cuáles son esas dos especificaciones?

*1ª En lo próspero y en lo adverso.*

Hay quienes creen que lo próspero es tener dinero mientras lo adverso se identifica con todo tipo de carencias económicas.

Muchas parejas tienen los recursos necesarios para vivir felices y sin embargo no alcanzan la felicidad porque ésta se compone de muchos otros factores que ellos no han logrado completar.

Lo próspero es efectivamente cuando todo va bien. Como se suele decir: “viento en popa”. Hay algo de dinero, tienen su propia casa, no hay grandes intromisiones de la suegra, siguen teniendo más o menos las mismas aficiones y casi idénticos gustos, no se han desgastado con el tiempo, hay armonía, diálogo, intimidad... ¡Ah, lo próspero! ¿Por qué no todo en la vida es crecer? ¿Por qué no todo en este mundo camina hacia adelante sin más complicaciones?

La respuesta es muy sencilla: los problemas y las dificultades existen desde que aparecieron hombre y mujer sobre la tierra, y esta vida simplemente no sería la misma si quisiéramos quitarle esta contrapartida de la dificultad. Además no siempre está en nuestras manos evitar algunas dificultades que se van suscitando en el camino, pues muchas de ellas nos las imponen la sociedad, la cultura, el entorno en el que nos movemos... Pero es interesante que sepan partir de este presupuesto cuando piensan ya en el matrimonio y cuando están por emitir estas promesas que los comprometen para siempre.

Cabe añadir que en el matrimonio, los problemas son una oportunidad maravillosa de crecimiento. Este debe ser un camino de crecimiento, y para eso necesitan aprovechar todas las oportunidades.

En el matrimonio, lo adverso puede ser: dificultades en el campo económico, la pérdida del trabajo o el fracaso

rotundo en el negocio, la intromisión indeseada de algún familiar político en el propio hogar, la llegada de los niños quizá demasiado rápida, la enfermedad de uno de ellos que acusa gravedad... Y, ¿por qué no? el hecho mismo de que el amor que sentían el uno por el otro ya no sea como era en el noviazgo, o al inicio del matrimonio.

*2ª En la salud y en la enfermedad.*

“Prometo que en la salud, te aplaudiré, te proyectaré, te acompañaré y apostaré por ti. No estaré celoso de tus triunfos, ni permitiré que me afecte el que tú seas más que yo a los ojos de los demás”.

En la enfermedad, prometes que estarás a su lado. Pero cuando prometiste esto, no te referías a enfermedades que se arreglan con un suero ni aun con una enfermera de cabecera. Te referías a enfermedades más profundas, más complicadas, con alcances más intensos, como el alcoholismo, el desánimo, la pérdida del sentido de esta vida o enfermedades “del corazón” o del carácter.

Tú un día puedes llegar a dejar de amarlo (la) y es entonces cuando debes demostrarle que prometiste serle fiel. Es precisamente en estos momentos —de enfermedad “del corazón”— cuando puedes probar tu fidelidad. Qué fácil era cuando todo marchaba bien, cuando parecían competir en el darse cariño.

La fidelidad se demuestra en la prueba y en el dolor, y quizá no haya prueba más grande para una persona que ama de verdad, que el sentir que no es correspondida y que no es amada con la misma intensidad. Ante un problema de

esta naturaleza, se puede reaccionar de dos maneras: pagar con la misma moneda, que no sería ni amor ni fidelidad, o luchar con todo el corazón por recuperar ese amor que se está apagando o se ve casi perdido.

La fidelidad sólo acepta este segundo tipo de actitud. “Si te pierdo, lucharé por reconquistarte, ése será mi programa”.

“Si la enfermedad es grave y llego incluso a perderte definitivamente, seguiré siendo tuyo, y tú seguirás siendo parte de mi proyecto de vida”. El hecho de que uno de los dos haya fallado, no implica que el otro deba fallar también. “Lucharé por reconquistarte”, como se ve en algunas películas o novelas, sólo que aquí es de verdad: no hay actores ni música de fondo ni paisajes bonitos... sino sacrificio, humillación y mucho valor para reconquistar el amor que una vez iluminó la vida y del que surgió la familia que ya existe.

Recuerdo a ese general francés, que después de la segunda guerra mundial fue requerido en el partido comunista. Con el aumento de sueldo y por participar de tantos beneficios que le ofrecieron, abandonó a su mujer de treinta y siete años, con siete hijos, y se marchó de la casa.

Lógicamente pronto encontró a otra y así continuaron sus vidas por separado. Pasaron veinte años y dicho partido nunca terminó de consolidarse bien, hasta que finalmente se disolvió. Muchos que habían gozado de los beneficios de la organización, pronto se vieron en la calle, sin dinero, sin familia y sin amantes, que son las primeras en irse cuando falta todo lo demás. Cansado, solo, ya acabado, vuelve un día a su casa, toca la puerta y le abre su mujer. Una esposa

también cansada, que había sacado adelante a todos sus hijos, sola. Una madre heroica.

–“Quiero hablar contigo”– le dice.

–“Pasa”– abre la puerta y dibuja en el aire con su mano el ademán de “adelante”.

Pero él se da cuenta de que está la mesa puesta con dos lugares, y titubeando le dice:

–“Perdona, no quiero importunar, ¿estás esperando a alguien?”

–“Sí –responde segura y sin dejar de mirarlo a los ojos– desde hace veinte años todos los días la mesa ha estado puesta para dos, porque te sigo esperando”.

Lo más probable es que los sentimientos de esta mujer no fuesen tan favorables. Podemos incluso imaginar que ella hubiese querido golpearlo o que debió azotarle la puerta al instante sin permitirle no sólo entrar a la casa, sino tampoco entrar a un hogar que comenzaron los dos pero que sólo ella de verdad construyó. Este relato no tendría ningún valor si no fuera histórico.

Lo que lo hace grande es precisamente que sucedió. Es una mujer que sacó adelante sola a siete hijos y que se sobrepuso al orgullo y a un explicable rencor. Una de esas personas que tienen muy claro que el matrimonio es para siempre. Ella quizás pensaba: “él me dejó, pero yo no lo puedo dejar, porque Dios me lo dio, y por él tengo que responder”.

Ella sabía lo que era un compromiso con Dios, con un hombre y con unos hijos.

En una ocasión, una señora me vino a ver:

–“Padre, mi único pecado es que odio a mi marido”.

Yo pensé: “pequeño detalle”.

–Me dejó hace cinco años. Ni quiero, ni puedo verlo”.

Comprendí que la dificultad era muy grande y le ofrecí una solución más para ella misma que para su matrimonio:

–“Señora, lo que usted necesita es un cambio de mentalidad. Renueve el compromiso que hizo hace treinta años: rece por él, de vez en cuando escríbale, preocúpese en la medida de sus posibilidades por él, aunque ya nunca puedan volver a reunirse. Usted será más feliz amando con un amor realmente heroico, que dando rienda suelta a odios estériles. El amor siempre nos deja algo, nos lleva a algo, produce algo. Del odio sólo germinan rencores, soberbia, impaciencias, insatisfacciones y un sin número de frustraciones, pues nuestro corazón fue hecho para amar. Ir en contra del amor es luchar contra nosotros mismos”.

Desgraciadamente muchos matrimonios se romperán porque nunca se entendió que la fidelidad que se prometieron al inicio, debería ser, como los mejores relojes, “a toda prueba”. Así es, a prueba de todo, incluidas la peor enfermedad, la más tremenda crisis y el más injusto adulterio.

### **C) Entrega del anillo y lo que significa:**

*Nada hay difícil para el que ama*

—Cicerón

El hombre necesita ver signos y de hecho existen en todos los sacramentos: palabras, gestos, elementos. Incluso Dios pidió al pueblo de Israel que construyera un templo como un signo de su presencia. Cristo quiso quedarse en la Eucaristía para



hacerse más asequible, tangible, presente. En el Bautismo se derrama agua sobre nuestra cabeza como signo y señal de purificación. En la confirmación somos ungidos con aceite. En el sacramento del orden sacerdotal el obispo impone las manos a quien va a ser ordenado, como un signo y una señal de la venida del Espíritu Santo sobre él.

La gente para alimentar el recuerdo y mantener el amor más fresco, recurre a las fotografías, que son una representación, una imagen de las personas a las que se ama.

Antes de que existiera la fotografía, desde tiempos inmemorables, pintores y escultores grabaron en piedra, papel o madera, el recuerdo de lo que amaban. Siempre hemos necesitado contar con estas ayudas que nos recuerdan a quienes queremos.

Ahora bien, en el matrimonio, como parte del rito, sin ser siquiera la esencial, pues este lugar lo ocupa el consentimiento de los cónyuges, los nuevos esposos se ponen mutuamente unos anillos, mientras se dicen: “recibe este anillo en señal de mi amor y fidelidad a ti”.

Cuando leí esto por primera vez me pregunté: ¿cómo puede un objeto tan pequeño —el anillo— significar algo tan grande: amor y fidelidad?

Y fue así como decidí que sería interesante tratar de encontrar aquellos elementos que hacen que el anillo sea un digno representante del amor y de la fidelidad que sienten el uno por el otro en el matrimonio.



## *Ésta es la mano*

*Tú me haces querer  
ser un hombre mejor*

—Anónimo

Ésta es la mano que recibe tu anillo. Habrá a lo largo de tu vida otras más tiernas, más bondadosas, más acariciadoras... pero ésta es la mano que hoy alarga un dedo para que tú le pongas la alianza. Es como un símbolo y una señal de que habrá a lo largo de tu vida otras personas —sin duda mejores y en muchos sentidos— pero que nunca serán ellas las poseedoras del anillo que tú escogiste, compraste y entregaste con tanta seguridad y cariño.

Hablando a los jóvenes les decía: “Hay mujeres guapísimas, muy simpáticas y con muchas virtudes, pero no se dejen engañar, son como una flor: es hermosa mientras está ahí plantada, sembrada en donde debe estar. Respétala y seguirá siendo hermosa. En el momento en que la arrancas y la quieres egoístamente para ti, tomando algo que no te pertenece, no puede durar más de un par de días y se marchita”.

Las mujeres también pueden encontrar en su vida hombres interesantes, inteligentes, bien parecidos... no los podemos comparar con una flor —en tal caso con un nopal— e igualmente deben respetarlos.

Son interesantes ahí donde están. Déjenlos. Si los arrancan para ustedes siendo que no les pertenecen, les ofrecerían también al cabo de pocos días el espectáculo triste de la planta seca, marchita y estéril.